

De la propia manera que el gran Velázquez gustaba de bautizar á sus humildes modelos con nombres célebres, como los de Esopo y de Menipo, Antonio Fabrés ha dado al modelo, cuyo concienzudo estudio copia nuestro grabado, la categoría de filósofo, dada la analogía que su actitud guarda con la del celeberrimo Diógenes. La disposición de la luz, el estudio del escorzo y la sobriedad vigorosa del color, avaloran el lienzo de este artista.

°°°

EXCMO. SR. D. JOSÉ FIGUEROA DE TORRES.

El martes 11 del corriente falleció en Granada el Excmo. Sr. D. José Figueroa de Torres, vizconde de Irueste (cuyo retrato acompaña á estas líneas), hijo de los Marqueses de Villamejor y hermano del Conde de Romanones y de los Marqueses de Tovar y de Mejorada.

Se dedicó en su primera juventud á la carrera diplomática, prestando sus servicios en la Legación de Lisboa y en la Embajada de París, hasta que la vida política atrajo su temperamento emprendedor, enérgico y activo.

Fué elegido diputado á Cortes por el distrito de Jaén y ejerció los cargos de director general de Agricultura, subsecretario de la Presidencia del Consejo hasta la muerte de Cánovas del Castillo y gobernador de Madrid. En la actualidad había sido elegido diputado por Baeza-Linares.

Bienquisto en el mundo aristocrático y apreciado por cuantos conocían su rectitud y caballerosidad, disfrutaba de grandes simpatías, ganadas por su talento y su perseverante energía en combatir toda inmoralidad y todo abuso desde los cargos que honrada é inteligentemente ejerciera.

Desde el descarrilamiento de Dax, en el que tuvo la desgracia de hallarse, quebrantóse gravemente su salud, y cuando parecía que su vigorosa naturaleza había vencido la enfermedad y viajaba por Andalucía para restablecerse, le ha sorprendido la muerte en Granada.

En la poética Alhambra, en la torre conocida por el nombre de Puerta Judicial, arrendada para él por su señora madre política la Marquesa de Casa Loring, la enfermedad cardíaca que el Vizconde padecía le produjo un gran vómito de sangre que le privó de la existencia.

Descanse en paz y reciba su distinguida familia nuestro más sincero pésame.

°°°

LAS PALMAS (GRAN CANARIA).

Página 364.

La fiesta cívico-religiosa que anualmente celebra la ciudad de Las Palmas, de Gran Canaria, para conmemorar la incorporación de la isla á la Corona de Castilla en 1483, se ha verificado en el presente con extraordinaria brillantez.

El primer grabado es el de la carroza que obtuvo el primer premio del Certamen, obra del joven artista Néstor Martín de la Torre. Fué presentada por la sociedad El Gabinete Literario, y representa una gigantesca y magnífica alegoría de la Primavera.

Nuestro segundo grabado representa la calle Mayor de Triana en el momento de la batalla de las flores, uno de los números más hermosos del programa de dicha fiesta. La larga y ancha vía, arteria principal del gran movimiento comercial de la ciudad, está convertida en un inmenso salón, en el que los vecinos parece que quisieron rivalizar por los variados y caprichosos adornos de sus respectivas casas.

°°°

ROMA.

Una recepción en el palacio de la Embajada de España.

Página 365.

Un dibujo de nuestro corresponsal en Roma, Hermenegildo Estevan, reproduce artísticamente una de las interesantes ceremonias de la Ciudad Eterna. Tiene por asunto una recepción en el palacio de la Embajada de España cerca de la Santa Sede, y ha escogido el momento en que ascienden por la suntuosa escalera los cardenales entre la servidumbre, que lleva velas encendidas.

El artista, inspirándose en el natural, tuvo sin duda ocasión de estudiar esta escena en la última recepción diplomática con motivo del cumpleaños del Rey de España.

°°°

ESPERANZA CLASENTI.

Página 368.

Publicamos el retrato de la hermosa tiple española Esperanza Clasenti, que tan brillante campaña acaba de hacer en los teatros de ópera de Italia.

Unánimes son los elogios que hemos leído en la prensa artística italiana, dedicados á nuestra aplaudida compatriota, y en todos ellos se hace



EXCMO. SR. D. JOSÉ FIGUEROA DE TORRES,
VIZCONDE DE IRUESTE.

† en Granada el 11 del actual.

(De fotografía de M. Huerta.)

constar que posee una voz extensa, hermosa, de timbre simpático, y que canta con valentía española, con sentimiento italiano y con elegancia francesa.

Celébrase el acierto con que domina su repertorio, lo mismo en *Rigoletto* que en *Mefistofele* y en la *Traviata* y en *Guarany*, *Fausto*, *Bohème* y *Manon Lescaut* de Puccini. De la manera como cantó el *Otello*, dijo un periodista ilustre que era una *Desdémón* capaz de enamorar á todos los *Otelos* del mundo.

Felicitemos cordialmente á la bella *soprano* por sus legítimos triunfos, y la deseamos una larga serie de ellos en su difícil carrera, en cuyas peligrosas lides ha logrado vencer desde el primer momento.

CARLOS LUIS DE CUENCA.

LOS SEGADORES.

No se trata de aquellos celtas antiguos que convertían en carros de batalla sus carros de labranza, adaptando las hoces al cubo de las ruedas. Ni de los montañeses que descendieron á Bar-

celona el 7 de Junio de 1640 y celebraron allí un espantoso *Corpus de Sangre*.

Ni de los *kossyniers* polacos que se alzaron al llamamiento de Kosciusko, y que, segando á cercén las cabezas de los artilleros rusos, ganaron la batalla de Raclawice.

Estos otros segadores aceptan con mayor resignación su infortunio.

No cantan himnos druídicos de matanza, como los galos del tiempo de César.

Ni entonan el *bon cop de fals*, como los montañeses de Cataluña.

Ni recitan á coro la terrible estrofa de los polacos: «En nuestras manos no queda más arma que el arma de la desesperación: la hoz, que segará los tiranos después de haber segado las mieses.»

¡Minha casaña, meu lar!

Así empiezan, ó así concluyen siempre los cantares de estos otros segadores.

Bajo los porches de la Plaza Mayor, de Madrid, suelen hacer un alto al principio y al fin de su penosa jornada veraniega.

Ya han llegado muchos, y todo el que quiera verlos en el sitio indicado, encontrará, según sea su temperamento, motivos para la risa ó para la misericordia.

A través de la burda camisa muestran los pechos huesosos y velludos; bajo los rotos sombrerones de esparto se les emancipan las greñas; apenas si el pantalón de tela cruda les preserva los tobillos, y bailan sus pies dentro de los grandes zuecos ó de las astrosas alpargatas.

Tienen á un lado, mientras reposan tendidos en la acera, el humilde hatillo, y al otro lado la hoz recubierta con una trama de juncos.

Los más son adolescentes, guiados por uno ó dos viejos, y acompañados de varios muchachos impúberes, que hacen á la vez el aprendizaje de la siega y el aprendizaje de la vida.

Tan requemadas por el sol están sus caras, que los ojos más ardientes y negros parecen lánguidos y azules. Tan lastimosa es su traza, que antes que trabajadores parecen mendigos.

Cuando se ponen en marcha caminan en fila, á la orilla del arroyo, graves, indiferentes y mudos. Saben que su contacto es desagradable, y por natural humildad, ó por instintivo orgullo, pagan á los transeúntes en la misma moneda.

Sus zuecos de madera, al chacolotear en los adoquines, producen un ritmo extraño.

Allá van con los bártulos, las mantas, los instrumentos de trabajo y los botijos al hombro.

Atraviesan las calles y plazas más concurridas, sin que los espléndidos edificios les llamen la atención, ni los escaparates abarrotados de cosas buenas les merezcan una ojeada. Así pasaban los galos y los hunos por las vías de Roma.

Se burlan de ellos los pilletes; los increpan en tono agresivo los vendedores ambulantes; los insultan, si no se desvían pronto, los cocheros de alquiler,

que son, por regla general, paisanos suyos; les obliga á desfilarse á escape, y ocupando el menor trecho posible, el guardia municipal, y les ladrarán, enfurecidos, los perros.

Ellos continúan andando hacia la puerta de Toledo ó hacia la estación del Norte, tan impasibles como si no viesan ni oyese á nadie.

A largos intervalos cambian algunas rápidas observaciones en la lengua de su país, y siguen luego en silencio, marcando el compás con los zuecos de palo, ó con el áspero rumor del hierro viejo de sus utensilios, y fija la mirada en un punto ideal del horizonte.

Dijérase que pertenecían á otra nación, á otra raza, á otro planeta.

Y caso raro. No obstante la pobreza de sus harapos y la ruindad de su aspecto, no revelan, comparados con el resto de las gentes, inferioridad alguna.

Pronto el que los examina reconoce en ellos á otros tantos mártires del hogar, que afrontan las horribles inclemencias caniculares á fin de que en el invierno próximo no carezcan de pan y de lumbre sus familias.

Suscitan además una vaga idea. La de que no sólo ocurren á una apremiante necesidad, sino que desempeñan, por ignorados motivos, un peregrinaje y un voto.